

VIVIR CON ESPERANZA LAS LIMITACIONES

El arte de la vida religiosa del Siglo XXI

Luis Alberto Gonzalo Díez, cmf.

Todo tiempo es de Dios. Este también. Es nuestro tiempo pero, sobre todo, es su tiempo. Un tiempo de hacer y crear. Un tiempo nuevo que tenemos que asumir desde la esperanza. Porque esa es nuestra clave de lectura de la vida y la síntesis de nuestra consagración. Sin la esperanza sustentada en la trascendencia vana es nuestra fe, vanas nuestras obras y vacía nuestra significación.

Aunque nos cueste aceptarlo, lo valioso de lo que somos estriba en ser vidas con síntesis no tanto por lo que hacemos, cuanto por lo que somos en lo que hacemos. Por eso somos, hasta cierto punto, libres para evaluar nuestras obras y estructuras, porque nada nos tiene que atar, sino el anuncio de la esperanza.

El cambio de época, siempre aludido y difícilmente asumido, nos invita a ser testigos de la esperanza frente a la pura acción. En un contexto de vorágine productiva la tentación es integrarnos y competir... ¿De dónde vienen nuestras tensiones por nuestros centros educativos y la competitiva oferta que ofrecemos con nuestras leyes de calidad, bilingüismo y otras áreas complementarias que exige un mercado de primer mundo? Ciertamente, somos hombres y mujeres de este tiempo, aunque nuestras respuestas tengan que sobrepasar este tiempo. Seguir sólo el mercado nos puede dejar exhaustos y, en ocasiones vacíos.

1. Tiempo de profecía en debilidad

Hace unas décadas el problema era otro. Nuestras casas llenas de jóvenes. Pensemos que todos los religiosos y religiosas que hoy tienen una media de 75 años, en los años 70 cuando nuestras estructuras vivieron especial fertilidad, tenían entre 35 y 40 años. No hay que señalar, porque es evidente, que esas personas hoy son mayoría en nuestras familias

religiosas. Entonces ofrecíamos la fuerza y la creatividad. Hoy, como congregaciones tenemos que ofrecer la sabiduría: la mirada sapiencial que consiga empapar nuestra sociedad de esperanza, serenidad y fe.

Ciertamente, cumplir años puede tener ser un contravalor: nuevas debilidades, dependencias, sensación de fin de etapa, cierre de obras, reducción a tareas poco vistosas, vuelta a una vida oculta que considerábamos sólo necesaria en el noviciado. Pero a la vez, puede ser un gran valor, aquel que tenemos que potenciar y trabajar en nuestro hoy de consagrados: proyectar esperanza, ser capaces de leer los ritmos históricos sin sobresalto, desprendimiento de la tensión del poder, libertad frente a ideologías de «vaivén», ser personas de síntesis vital y, por tanto, libres para valorar cada persona y gesto donde esté, independientemente de cultura, culto y tradición. Es curioso, uno está empezando a tener la sensación de que hay un cansancio competitivo que no es nuestro y un cansancio esperanzado que si lo es. Este tiempo y esta historia necesita hombres y mujeres libres, con edad, que expresen la libertad que nuestras redes sociales no pueden ofrecer. Los jóvenes que se acercan a nuestras congregaciones no están esperando que los ritmos de vida desborden una juventud que no pueden tener. Quieren que seamos nosotros, hijos de nuestra edad, pero no esclavos de ella. Y esa libertad sólo la proporciona la bienaventuranza. Lo que muchas veces aferra y ata nuestros criterios no es tanto la fidelidad a Dios, cuanto la fidelidad a las costumbres y a las seguridades de épocas pasadas. Seguridades que, por otro lado, hoy no podemos encontrar, porque no existen, no están, han pasado.

Ciertamente tenemos que abrazar la debilidad. Pero hay que hacerlo no sólo teóricamente¹, porque mensajes que sólo provocan ilusión temporal, nos devuelven a una realidad más dolorosa. Me temo que, en este tiempo, con buena intención no hemos acompañado este largo tiempo de posconcilio con un sustento formativo riguroso y adecuado a la realidad vital de los religiosos. En no pocas ocasiones hemos abierto expectativas y

¹ CHITTISTER, J. *En el fuego de estas cenizas y la Vida iluminada* fundamentalmente...

creado «pseudo realidades» que han desconcertado a una vida religiosa débil ante situaciones que no estaba formada para vivir.

La vida religiosa no puede renunciar a la profecía. Forma parte de su esencia. Pero no es la propietaria. La profecía que reside en la misión nos posee. Por tanto el procedimiento es inverso. Servir a la profecía del reino no exige ni edad, ni agilidad, ni disposición ni rasgos especiales. Exige ser de Dios. Y éste ser de Dios permite que pueda ser expresado en verdad, desde la fuerza de los 30 años y la debilidad vital de los 90. Todo depende de qué queramos ofrecer fuerza humana – que no tenemos – o fuerza de Dios que sí podemos tener.

2. Limitaciones en clave evangélica

Los profetas, como los apóstoles y los fundadores, llegaron a serlo porque se dejaron hacer. No siempre los intentos personales de búsqueda y realización fueron intentos verdaderos. Es elocuente acercarse a la vida de estos hombres y mujeres que nos precedieron porque también vivieron la tensión de querer ser. De hacer, proponer y hasta manejar la propuesta. Muchos de nuestros proyectos tienen buena intención. Me atrevería a decir que todos. Pero no en todos ellos se deja esa parte que Dios debe decidir... que es la mayor parte. Ni siquiera la lectura de las debilidades las hacemos siempre con la suficiente unción como para leer evangélicamente el momento. Mi experiencia personal es de estar acompañando un buen número de congregaciones en un proceso de reorganización. Bien, la pretensión es evangélica, los procesos y pasos no siempre respetan esa clave. Hay una buena dosis en la que damos la sensación de no respetar la realidad, el momento y al no respetarlo, no lo amamos, al no amarlo no lo integramos y al no integrarlo no lo sanamos y lo convertimos en un algo creativo, vivo y con proyección.

Está claro que quien entiende la situación de nuestras familias religiosas es el mismo Dios. Parece meridiano que el futuro próximo nos anuncia una vida religiosa diferente, sensiblemente distinta en la cual nos hemos formado y crecido. Pues bien, de la comprensión intelectual de este hecho a las decisiones operativas que lo faciliten... estamos gastando la mejor

parte, que decía el Señor a Marta². Afanados en una conservación estéril donde damos la sensación de estar empleado en el Reino, en realidad estamos laboriosos en los alrededores del Reino... Porque tenemos mucho miedo a una realidad que desconocemos y nos aterra lo nuevo.

Estamos en un tiempo de profunda reforma social y eclesial. Y en el seno de la Iglesia de profunda reforma de la vida religiosa. Pero ésta no vendrá por el tipo de obras, ni siquiera por el brío que éstas tengan. Vendrá por una experiencia mística. “Porque son los místicos los que siempre salvan la Iglesia en tiempos de desvarío y ceguera...”³ Bauman acuñó para este tiempo el término «líquido», entendido como algo positivo. Porque mantiene vivo el ingenio, abierta la inquietud y la posibilidad de apertura y conexión con otros. Sin embargo, vemos que desde nuestra perspectiva, no deja de ser un tiempo delicado. Con acierto, S. Bauman afirma: «Pero en la modernidad líquida seguimos modernizando, aunque todo lo hacemos hasta nuevo aviso. Ya no existe la idea de una sociedad perfecta en la que no sea necesario mantener una atención y reforma constantes. Nos limitamos a resolver un problema acuciante del momento, pero no creemos que con ello desaparezcan los futuros problemas... incertidumbre, inseguridad y vulnerabilidad». Si bien se podría traducir también como “precariedad”. Es el **sentimiento de inestabilidad** asociado a la desaparición de puntos fijos en los que situar la confianza. Desaparece la confianza en uno mismo, en los otros y en la comunidad.» Ese sentimiento de inestabilidad es, en realidad, una buena posibilidad para situar nuestra opción de vida en la mística, sólo en la mística. Las seguridades de ayer caducaron y tenemos un hoy en el que hay que formular una experiencia vital apoyada en la esperanza en contextos

² Cfr. Lc 10, 38-42

³ GARMILLA, Jesús. *Vivir en invierno*. PPC, Madrid, 2009. P.42

vulnerables. Muy probablemente reconocer que nuestro tiempo es líquido, nos ayude a situar la seguridad sólo en aquello que está fuera y más allá de las seguridades de este mundo.

Si se tratase de hacer un elenco de las limitaciones que percibimos en la VR desde una lectura subjetivista y también corporativa, seguramente insistiríamos por un lado en la pérdida de efectivos... estadísticas que son incontestables. Muchas obras abiertas y pocos religiosos y religiosas; comunidades que en otro tiempo estaban urgidas por la vorágine de la acción, hoy tienen que ocupar sus esfuerzos en la sana supervivencia de paliar las dificultades propias de la edad; obras apostólicas en contextos de misión compartida, más por la necesidad que por la convicción; casas de formación reagrupadas con un curioso giro: de provincial a interprovincial; de interprovincial a europeo continental y de europeo a mundial... Grandes titulares que, sin embargo responden a números mínimos que, en absoluto, van a garantizar en un futuro próximo la subsistencia de las obras que hoy tenemos... Esa es la observación externa. Si nos adentramos un poco más, si vamos al corazón de la VR descubrimos que, sobre todo, este proceso de adecuación al momento presente ha provocado una profunda falta de fe. Hay muchos **supervivientes** (van viviendo) y pocos **testigos** (viven gozando). Y aquí reside la profunda herida que, sin duda, este tiempo tiene que cuidar si quiere renacer una nueva VR.

Sin duda, este tiene que ser un tiempo de esperanza real y no un “un tranquilizador remedio para andar por las arduas veredas de la vida”⁴, porque si así lo vendemos y asumimos en realidad lo que invitamos es a

⁴ GARMILLA, J. O. cit. P. 151

una resignación pasiva que nada nos dice a los religiosos ni aquellos con quienes queremos vivir la misión. La esperanza nos vuelve a la fe, se nutre del Evangelio y tiene una sola razón de ser: el Misterio de Dios. Pero es cierto que esta esperanza necesita – porque nosotros lo necesitamos – signos externos que posibiliten la fe. Fundamentalmente dos: creer en la semilla y creer en la tierra. Creer en Dios y creer en este tiempo de Dios.

3. La confianza en una semilla misteriosa

La fecundidad que sustenta la esperanza de la VR es misteriosa, débil y muchas veces ambigua. Es la misma que aparece en la escritura referida a una pequeña semilla que tiene que morir para dar vida o que es mínima y, sin saber por qué, se convierte en un árbol frondoso. Es una seguridad insegura como las aguas que son capaces de convertir un desierto en vergel... o una mujer vieja en madre de generaciones. Creer en la semilla, es volver a la fe en aquello que vivimos y que está en el centro de lo que pretendemos anunciar. Es la pregunta por la fe personal, de la que no hablamos en comunidad porque la damos por supuesta, es preguntarnos con la mano en el corazón por los tiempos de oración – la no mandada o estipulada – porque hemos descubierto su necesidad para poder vivir, es atrevernos a poner en texto nuestro diálogo real, sobre la vida real con los hermanos o hermanas con los que significamos la vida en comunión, más allá de los aspectos funcionales u operativos de nuestra vida juntos.

En este tiempo que duda de todo y de todos, la esperanza se tiene que asentar en quienes creen en el vigor de la semilla. Lo que da autenticidad a la esperanza que anunciamos, es la esperanza que vivimos, dice Jesús Garmilla que o creemos en el mensaje que anunciamos o seremos

impostores o mercenarios... o, como mucho, buenos funcionarios⁵. Y éstos, no suelen provocar adhesiones a una causa, ni están ellos mismos adheridos... sino por una motivación externa: un cargo o encargo; una prebenda o un mérito. En la misma línea se expresaba el cardenal Bergoglio cuando le preguntábamos dónde estaba la mayor dificultad de la vida religiosa⁶.

4. El arte de saber sembrar

O conocer la tierra. Estoy persuadido que una de las sobras de la esperanza es curiosamente desconocer el arte de sembrar o no «conocer la tierra»⁷. Y esto traducido a nuestro vivir referidos a Dios, transformando el mundo, consiste en la desconfianza ante un presente que no controlamos y unas relaciones que estimamos son expresión de un mundo sin Dios, en el que poco a poco no va habiendo sitio para nosotros. Desde la fe sabemos que esto no puede ser así, pero de la abundancia del corazón habla la boca, y las expresiones más comunes en los ámbitos de vida religiosa no siempre son de esperanza, sino más bien de juicio, crítica o desasosiego. Decimos conocer la realidad y sin embargo añoramos otra que ya no está, aquella en la que fuimos fuertes, muchos o significativos; decimos estar laboriosos en un presente que Dios quieres y muchas veces nuestra ofrenda es de ayer, para un ayer que no volverá... Nuestra esperanza como hombres y mujeres de edad, en un tiempo que huye de la edad porque ha asumido el triunfo de la estética sobre la ética, puede apoyarse en:

⁵ Cfr. GARMILLA, J. O. cit. P. 155

⁶ GONZALO DIEZ, L.A., Recrear la misión en la Palabra en VIDA RELIGIOSA 9/VOL 105 (2008) P. 405-408

⁷ GARMILLA, J. O. cit. P. 156 ss

- 4.1. Ofrecer el valor de **la verdad de lo religioso**. Porque el ser humano del siglo XXI es profundamente religioso. Es verdad que es una religiosidad *sui generis*, pero tenemos destrezas en nuestro vivir e historia formativa como para hacer llegar a esta realidad un sustento de referencia a Dios que va más allá de los modos celebrativos y costumbres que a nosotros mismos nos sustentan como religiosos. Nuestro contexto es sumamente sensible, y necesita personas que transmitan esa sensibilidad que ayude a entender que nuestro Dios no se desconecta de lo que pasa...
- 4.2. Nuestra realidad necesita **contextos de fraternidad** porque filosóficamente experimenta orfandad. Nuestra esperanza tiene que apoyarse en la ofrenda de lugares celebrativos vitales, en propuestas de comunión asequibles. No es la gente quien tiene que encontrarnos, sino adecuarnos a lo que la gente con sus ritmos y ambigüedades vive. Cuanto más permeables seamos mayor será nuestra esperanza. Pero para ofrecerla tenemos que celebrarla y para ello, necesariamente, tiene que darse en nuestras comunidades un proceso de encuentro y reconciliación.
- 4.3. La esperanza se crece en el **diálogo**. Es un tiempo para la vida religiosa de superación de silencios y ruptura con costumbres anónimas. Más que reorganización de obras y presencias la urgencia es el cuidado de los ámbitos en los que vivimos y de las herramientas que acrecientan la relación.
- 4.4. Asumir esta **realidad llena de pequeños relatos** y todos importantes. Hay un proceso de desmonte intelectual que es imprescindible hacer para entender y vivir este tiempo, como tiempo de esperanza. La vida, y nuestra vida creyente y religiosa

está llena de pequeñas experiencias, de personas e historias que necesitamos integrar, ordenar y situar en el proceso de historia de salvación que con nosotros se está redactando.

4.5. Es un tiempo para revivir la esperanza de un proyecto de amor que supera la dificultad de nuestro vivir, nuestra historia y contexto. Sabernos profundamente **amados en la ternura de una creación con sentido**. Ser religiosos es hoy una oportunidad nueva y real para reivindicar la armonía de todo lo creado.

4.6. Esperanzados porque el proceso de la vida nos ha ido ayudando a encontrarnos **con todo lo humano**. Redescubrir que somos cuerpo, con su limitación y posibilidad, nos lleva a descubrirnos próximos a todo nuestro entorno, débiles con los débiles y criaturas que anuncian un Dios que puede más que nuestras previsiones.

5. Depende de ti que sea arte o castigo...

Si todo nos está dado en Dios y es verdad. Depende de ti, de aquello que vas guardando en la mochila de la vida. Hay personas que van acumulando pesos innecesarios que hacen el caminar cada vez más fatigado. Vivir es gozar y sufrir con la armonía de experimentarlo desde la fe. La vida religiosa no puede perder el brillo de la referencia a lo eterno, porque el día que lo pierde deja de ser lo que es.

Estamos al final de un ciclo excelente. Estos 50 años de posconcilio son una auténtica ofrenda de buen crecimiento en el seno del Pueblo de Dios. La vida religiosa, como pocas formas de vida ha experimentado una evolución sorprendente y llena; gozosa y no exenta de tensiones y alguna

angustia. Hemos perdido mucha fuerza en el proceso de renovación pero hemos ganado mucha libertad. Normalmente el pobre es más libre... Todo parece indicar que Dios quiere todavía más pobres nuestras presentes, más cercanas nuestras estructuras, más sinceras nuestras propuestas. A estas alturas de lectura teológica de lo que somos y expresamos, nadie interpreta que nuestra sequía vocacional es una consecuencia de nuestra infidelidad... No es así, es una realidad que nos hace pensar en algo más, algo nuevo, una sorpresa todavía no sospechada por nosotros y que, sin duda, nos va a sorprender por el camino siempre nuevo que Dios realiza con su humanidad.

Nacerá una nueva vida religiosa, contando evidentemente con la que hoy está y hoy es, y nuestra esperanza brota de saber que no nos corresponde tamizar o disfrutar el éxito de los números que no es para nosotros, sino en ofrecer una transición creativa para hacer posible lo nuevo. Depende de lo que guardes en la mochila: si hay resentimiento y dolor, reproches y autojustificaciones, este tiempo se presentará estéril, carente de esperanza y lo mejor es que se agote cuanto antes... Si lo que guardas en la mochila es proyecto de Dios, el centro no está en ti y en lo que te pasó, sino en Dios que es quien hizo que pasase todo por ti. Sabernos en función de él y su proyecto llena de esperanza nuestro existir y da sentido a una aparente sequedad. Es valioso el talmud cuando afirma que no se nos pide concluir la obra, pero no somos libres para dejarla. La vida religiosa de este tiempo es anciana, es verdad, pero está llena de sabiduría y de visión profética y en esa visión encuentra el sentido de su existir y consumirse en la siembra de un árbol del que no va a recibir frutos, pero sabe que van a ser frutos de verdad y renovación; frutos de misterio y nueva consagración

en un futuro que es el hoy de Dios y para el que nosotros somos muy necesarios.

6. Vida religiosa en clave de sábado santo

¿Podemos decir que el sábado santo es el icono de la vida consagrada hoy en Europa? ¿Qué estamos haciendo memoria de ese día y supliendo en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo? Como vida consagrada hemos tenido nuestros advientos, navidades, cuaresmas y pentecostés. También nuestros viernes santos. Hoy creo que en Europa nos encontramos en el sábado santo.

Quienes esto no entienden hablan más bien de un sábado de sepultura y ¡se acabó! Ese sábado no tendría nada de “santo”; sería el sábado del castigo y de la sepultación de aquello que culpablemente se ha visto privado de vida. Y esto se puede pensar y sentir no solo fuera de la vida consagrada, sino también dentro. El desconcierto ante el viernes santo puede ser tal, que no quede esperanza, ni razón para la misión.

El ocultamiento de Dios en este día de la vida consagrada es sólo provisorio. En nosotros late la teopatía Y nuestro Dios no nos va a defraudar. No somos peores que nuestros padres y madres, aunque seamos distintos. Nuestro Dios no nos castiga. Y esperamos porque “creemos en Él”, esperamos lo mejor de su bondad. Porque sabemos que el Espíritu Santo nos seduce y sobrevuela y protege todos nuestros proyectos. Y nuestra amistad y devoción a María de la esperan mantiene el ritmo de nuestra espera.

¿Qué nos dice a la vida religiosa el símbolo del sábado santo?

- Que no hagamos caso a las malas noticias, aunque se nos diga que la vida religiosa europea no tiene muchas razones para estar humanamente esperanzada.
- Que este es el momento en el cual podemos nacer de nuevo del Espíritu, de lo alto, aunque por otra parte estemos descendiendo a los infiernos.
- Que este es el día de las mujeres discípulas, que cuidan el cuerpo

muerto y lo ungen con aromas y del desconcierto de los discípulos masculinos que se desplazan a Galilea, o a Emaus.

- Que es el día de la paciencia, el día de la esperanza frenada, el día en que la esperanza es acrisolada por el fuego.
- Que el nacer de nuevo a una esperanza viva no depende de nosotros, sino del Padre, tras su día de reflexión.

En el sábado santo de la sociedad europea, somos tierra de penumbra. En ella se anticipa la esperanza del día de Pascua. Como las mujeres vamos hacia el sepulcro, llevando aromas. Las oraciones son aromas que el Espíritu recoge en su copa. La esperanza es aroma que hace olvidar la putrefacción del cadáver. En la noche del sábado santo, nos proponemos dormir poco y levantarnos muy de mañana, porque algo va a pasar. El Abbá va a dar a luz. El Espíritu se ha quedado sin Palabra, pero ya susurra. La voz del silencio ya gime. Algo grande se prepara.

Las discípulas y los discípulos de la vida religiosa están a la espera. Reunidos en torno a María. Orando con María, la madre de Jesús, la transparencia femenina del Espíritu.

Asilah, 11 de Mayo de 2013